

COLUMNA DE OPINIÓN

Elogio del caminante y denostación del scooter

“Caminé, des-
pertando los alien-
tos vivos y tibios, y
las pedrerías mira-
ron, y las alas se
elevaron sin rui-
do”, dice un joven
poeta y caminante
Arthur Rimbaud
en su poema en
prosa “Alba”. A
Rimbaud, que no
dejó nunca de caminar (recorrió lar-
gos trechos junto a la línea del tren,
escapando de su natal Charleville),
se le llamó el hombre “de las suelas
de viento”. Yo también camino mu-
cho, pero a esta edad ya se nota que
las suelas no son de viento y que hay
que conformarse, humildemente,
con un paso un poco más
lento. Pero en el caminar,
lento o rápido, sigo experi-
mentando epifanías como
las de Rimbaud: se me pre-
sentan “alientos vivos y ti-
bios”, suaves brisas (tan ne-
cesarias en estos días de temperatu-
ras extremas), cantos de pájaros (el
zorzal sigue siendo mi favorito) y
rostros, muchos rostros con los que
me cruzo.

Qué importante es encontrarse
con el rostro de otros, en tiempos de
solipsismo y autismo digital. Sigo
creyendo que no hay mejor medio de
transporte y movilización que el ca-
minar (las “Dodge patas”, bromeá-
bamos cuando niños): es gratis, nos
abre a la gratuidad de los encuentros
fortuitos y, por añadidura, nos hace



Por
 Cristián Warnken

bien a la salud. El caminante sortea
mejor el *stress* y aceleramiento de
una ciudad cada vez más neurótica y
agresiva. Sus peligros más frecuen-
tes: los automovilistas que manejan
distráidos por el celular y, ahora,
desde hace un tiempo, los *scooters*.
Antes, había que poner mucha aten-
ción a los ciclistas, ahora no hay nada
más letal y peligroso que toparse con
un *scooter* prepotente, que pasa rau-
do junto a ti, no toca bocina alguna
(ni campanilla), que se siente dueño
de la vereda, desleal invasor y prin-
cipal amenaza a la atávica caminata.
Los primeros hombres caminaron,
cruzaron estrechos; los últimos
hombres serán los que se queden
sentados en sus domicilios, sin salir,
autoabastecidos de todo, engordan-

*¿Quién protege a los caminantes de estos
ovnis (objetos veloces no identificados), y de
los zombies que a veces se desplazan en ellos?*

do sobre sus asientos, sedentarios
asesinos de la propia vida.

He visto muchos accidentes de
scooters en nuestra ciudad. Un ami-
go médico me contaba que a las ur-
gencias de las clínicas y hospitales
llega mucha gente accidentada en
scooter. Pero no solo se exponen a sí
mismos los que han renunciado a
caminar: pueden herir, quebrar, po-
ner en peligro a los pacíficos cami-
nantes que no contaminan, no inva-
den ni molestan a nadie. ¿Quién
protege a los caminantes de la ciu-

dad de estos ovnis (objetos veloces
no identificados), y de los *zombies*
que a veces se desplazan en *scooters*,
desatentos con el otro, el prójimo,
solo preocupados de barrer distan-
cias y llegar lo más rápido posible a
su lugar de destino?

No logro entender a los que, en
vez de privilegiar caminar, “hacer
camino al andar”, prefieren saltarse
el camino, como si en la vida lo más
importante fueran las metas y no las
rutas. Perderse ese tránsito es aho-
rrar tiempo (el tiempo de Cronos),
pero perder el verdadero tiempo (el
Kayrós). Caminar es resistir el acele-
ramiento general que nos está enfer-
mando y alienando. Lo dijo Francis-
co Quevedo: “vivir es caminar breve
jornada/ y muerte viva es, Lico,
nuestra vida...”. Se gana vi-
da cuando “palpamos el
pulso de las cosas”, como
decía Michaux, y nuestra vi-
da es “muerte viva” cuando
nos perdemos la epifanía de
los “alientos vivos y tibios”,

el canto de los pájaros, la caricia sua-
ve de la brisa, el encuentro azaroso
con ese misterio por descubrir que
son los otros. ¿Que me puse muy
poético? ¡Pero si la vida es poética!
De tanto caminar, la cabeza se me lle-
nó de pájaros y olores y colores. Pe-
ro, ¡cuidado!, un *scooter* acaba de pa-
sar raudo a mi lado, ensimismado,
impasible. Conductor acelerado, no
olvides lo que dijo una vez Goethe:
“¡detente, bello instante!”.

Si desea comentar esta columna, hágalo en el blog